

Tendencias Historiográficas actuales. 5º curso
Trabajo de reseña bibliográfica y discusión:

AUDOIN-ROUZEAU, Stéphane y BECKER, Annette: *14-18, retrouver la Guerre*.
Paris, Gallimard, 2000
Rubén Pallol Trigueros.

En febrero de 2012, hace apenas un año, falleció Florence Green, considerada como la última veterana de la Gran Guerra; había sido camarera en los buques del ejército inglés y a sus 110 años era el último testigo directo de la gran contienda que había abierto el siglo XX (si aceptamos la periodización de Hobsbawm del breve siglo XX¹). Poco antes había fallecido Stanley Choule, el último soldado, también inglés aunque nacionalizado australiano y que se había enrolado en el ejército como voluntario en 1914 y había contemplado la rendición alemana en 1918. Con estas dos muertes finalizaba al fin la Primera Guerra Mundial, que dejaba de ser Memoria para convertirse en Historia. Para bien o para mal se rompía el último hilo, ya fino y con escasa capacidad de arrastre, que unía aquel pasado con nuestro presente; nadie podría recordar ya la gran guerra en sentido pleno, toda imagen que se nos transmitiera de ella no podría superar el estatuto de “ficción”, de “construcción” elaborada por historiadores, escritores o documentalistas que tratarían revivirla o reconstruirla a pesar de no haber tenido experiencia del acontecimiento. Dichos relatos de la guerra serían leídos y juzgados a su vez por un público que tampoco había sido testigo ni habría vivido, al menos de manera directa, la época histórica retratada. La Gran Guerra al fin había terminado.

Con este horizonte de problemas y cuestiones como paisaje se publicó en el año 2000 la obra de los historiadores franceses Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, titulada *14-18, retrouver la Guerre*. Por aquel entonces ya sólo quedaban un puñado de testigos del conflicto y su presencia era cada vez más rara en las conmemoraciones oficiales por el armisticio que se celebran todos los 11 de noviembre. Por otro lado, al calor de las celebraciones tras los 75 años de inicio de la guerra y de su final (en 1989 y 1993), Francia, Inglaterra y Alemania salían de una época de intenso recuerdo y de recuperación del pasado histórico, de un lapso de saturación de la memoria que obligaba a una reflexión sobre el verdadero significado del hecho histórico que se conmemoraba. Finalmente, toda una serie de acontecimientos políticos que se desataban en aquel momento subrayaban la sensación de un estertor definitivo de la guerra del 14: la descomposición de la Unión Soviética representaba la extinción de una de las consecuencias más duraderas de la guerra, mientras que el conflicto en los Balcanes y la guerra étnica que lo acompañó se convertían en el símbolo de su supervivencia y alumbraban un cruel paralelismo que invitaba a la interrogación. ¿Cómo fue aquello posible y cómo lo estaba siendo en el presente? ¿Cómo pudo ser que en 1914 o en 1989 en el corazón de Europa, la región más civilizada del mundo, estallase la violencia más salvaje, en forma y aspecto que nos invita a vernos reflejado como la horda primitiva, como el animal que se supone que los humanos habían dejado de ser?

El libro de Becker y Audoin-Rouzeau era una invitación a pensar la guerra del 14 de una manera diferente, tratando de comprender su significado y no desarrollando un relato tradicional ordenado por las causas del conflicto, su desenvolvimiento en batallas

¹ HOBBSAWM, Eric J.: *Historia del siglo XX, 1914-1989*, Barcelona, Crítica, 1989.

y su desemboque en consecuencias. Nada que ver, pues, con una Historia de las relaciones internacionales como la que inauguró Pierre Renouvin a partir precisamente del análisis de este conflicto, sentando las bases de una disciplina de gran tradición en la Universidad². En cambio, lo que se proponía era un ejercicio de hermenéutica, al definir el prólogo la guerra (cualquiera, no sólo la de 1914) como un “acto cultural”, un acontecimiento que forja identidades a través de experiencias imposibles en la vida cotidiana; pero también un acto cultural en tanto que sirve para desvelar estratos de los imaginarios colectivos y de las cosmovisiones en el modo de actuar de soldados, combatientes y población civil. Pues en el acto violento, en el aparente caos del campo de batalla, las mentalidades y las representaciones colectivas emergen con fuerza y claridad; al desaparecer las rutinas banales y cotidianas, al desaparecer lo que es accesorio en nuestro día a día, emergen los rasgos que definen nuestra sociedad, aquello que nos caracteriza y anida en lo más recóndito de nuestra cultura.

La propuesta bebe evidentemente de la tradición de la escuela de Annales y se define en los presupuestos de la tercera generación, que buscó en la historia de las mentalidades, la historia cultural y de las representaciones sus disciplinas de trabajo³. En la elección temática también se deja notar el poso de audacia casi soberbia que caracterizó a la escuela desde su fundación por Febvre y Bloch. Después de las conocidas diatribas de los padres fundadores contra la historia-batalla, parece toda una pirueta intelectual hacer de la historia de la guerra el campo de investigación para mantener viva la forma de historiar de la Escuela. Y con todo, lo logran, ofreciendo un trabajo que incorpora muchos de los últimos planteamientos metodológicos, teóricos y temáticos que habían revolucionado la historiografía desde la década de 1970: de hecho los propios autores habían sido ya protagonistas de esta revolución historiográfica y habían publicado en los veinte años anteriores diversas monografías con acercamientos parciales a la Primera Guerra Mundial, en asuntos como la historia de la infancia, la movilización y el apoyo social a la contienda, la ocupación y las represalias contra los civiles o la vida cotidiana en las trincheras⁴. *14-18, retrouver la guerre*, se presentaba en 2000 como una síntesis de todos estos trabajos así como de los de algunos de sus colaboradores más estrechos como Jean-Jaques Becker o Jay Winter, a la vez que como una reflexión para proponer nuevas líneas de investigación futuras⁵.

² RENOUVIN, Pierre: *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial : (1904-1918)*, Madrid, Akal, 1990.

³ DOSSE, François: *La historia en migajas: De "Annales" a la "nueva historia"*, Valencia, Alfonso El Magnànim, 1988.

⁴ De las obras de Annette Becker destacan: *Les Monuments aux morts : patrimoine et mémoires de la grande guerre*, Paris, Ed. Errance, 1988; *La guerre et la foi, de la mort à la mémoire* Paris, Armand-Colin, 1994; *Oubliés de la Grande guerre : humanitaire et culture de guerre, 1914-1918 : populations occupées, déportés civils, prisonniers de guerre*, Paris, Noësis, 1998; *Journaux de combattants et de civils de la France du Nord dans la Grande Guerre*, Villeneuve-d'Ascq, Presses Univ. du Septentrion, 1998. De Stéphane Audoin-Rouzeau destacaban *Les combattants des tranchées*, Paris, Armand Colin, 1986; *1870. La France dans la guerre*, Paris, Armand Colin, 1989; *L'Enfant de l'ennemi 1914-1918*, Aubier Collection historique, 1995, Paris.; *La France, la nation, la guerre : 1850 - 1920*, escrita junto a Jean-Jacques Becker, Sedes, 1996

⁵ Por ejemplo, WINTER, Jay: *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Cmbridge, 1998 o BECKER, Jean-Jacques: *Les Français dans la Grande Guerre*, Paris, Robert Laffont, 1980; *1914, comment les Français sont entrés dans la guerre*, [Presses de la Fondation nationale des sciences politiques](#), Paris, 1977.

En opinión de los autores la primera reflexión debía partir de los problemas surgidos en la brecha entre Historia y Memoria, dos términos a veces confundidos y con relaciones ambivalentes, entre la complementariedad y la franca oposición. El asunto no se limitaba al conocido lamento de que “un viejo que muere es una biblioteca que arde”: la reflexión en torno a la memoria no era reducida únicamente a la preocupación por transcribir a los libros de Historia las experiencias y puntos de vistas de los grupos que no pudieron decidir el curso de los acontecimientos. Aunque los autores no renunciaban a ello ni se oponían al proyecto, su principal objetivo no era rescatar el relato de la gente corriente, de los perdedores de la Historia que señalaba Walter Benjamín⁶. Conociendo bien los problemas que plantea la “historia desde abajo” y habiendo reflexionado profundamente sobre la forma en que la memoria particular media nuestra representación del pasado, con la desaparición del último soldado se liberaba según los autores el relato de la guerra, controlado, mediado y a veces falseado por sus testigos directos. Pierre Chaunu lo había dicho: “la memoria sirve para olvidar”; la memoria selecciona recuerdos y reconstruye un relato que sirve para afrontar el futuro, aportando coherencia ficticia a una experiencia que no siempre quiere ser recordada. Recurrentemente a lo largo de su ensayo Annette Becker y Stéphane Audoin-Rouzeau acuden a los conceptos freudianos de trauma, tabú, culpa y represión (en el sentido de olvido deliberado) que permiten esclarecer algunos de los vínculos entre Historia y Memoria en un acontecimiento como la guerra mundial y cuyo relato habría sido falseado por sus propios protagonistas. La interpretación que se nos sugiere es polémica: los soldados, pero también las víctimas y los testigos de aquella guerra no querían recordar algunos aspectos de su experiencia; tal y como planteaba Freud en sus interpretaciones de la neurosis, los aspectos desagradables y traumáticos de su paso por las trincheras y por un periodo de violencia antes desconocida, habían sido arrojados por los contemporáneos a un espacio del recuerdo donde subsistían pero no eran visibles. La subsistencia de esa experiencia de guerra, aunque inconsciente, aunque silenciada, no dejó de afectar a las sociedades europeas, influyendo decisivamente en sus comportamientos en los años siguientes, de una manera clara al menos hasta la segunda Guerra Mundial. Recuperar todo esta experiencia reprimida, olvidada por el trabajo de memoria, es el objetivo principal, tal y como expresa el título del libro⁷ y para ello se centran en tres grandes temas que lo organizan: la violencia, la cruzada (o el discurso de legitimación) y el duelo (o la asunción del dolor y el sufrimiento).

La primera parte del libro se construye sobre una idea provocadora: gran parte de la violencia experimentada por la guerra ha sido desterrada del discurso de los testigos. Aunque se reconoce que existen muchos relatos sobre la experiencia en el campo de batalla y sobre las duras condiciones de vida en las trincheras, los autores consideran que muchas formas de violencia han sido silenciadas, sus recuerdos reprimidos u olvidados, tanto por mecanismos psicológicos como por el trabajo de la memoria colectiva. La primera explicación reside en la auto-exculpación y así denuncian un retrato de la guerra del 14 en que todos los participantes se presentan como víctimas y ninguno como verdugos, donde sólo se retrata a los soldados muertos y heridos, como sujetos pasivos, y rara vez como responsables de la muerte de un semejante considerado como un enemigo. Este olvido de la culpa, comprensible como mecanismo psicológico

⁶ BENJAMIN, Walter: *Tesis sobre la filosofía de la Historia*.

⁷ Retrouver puede ser traducido por encontrar pero también por recuperar o recobrar o encontrarse con, según el contexto.

en los propios actores, se ha trasladado al discurso público y particularmente a las narraciones sobre la guerra que llenan conmemoraciones y celebraciones oficiales. También se ha transmitido al discurso historiográfico más difundido, donde la guerra se presenta como una desgracia no deseada, sin responsables y en la que todo el mundo es un damnificado. Es más fácil recordar a un abuelo sufriendo heroico los bombardeos en Verdun que limpiando una trinchera y ejecutando sumariamente a los enemigos: esto nos ha empujado a complacernos con una visión edulcorada de la guerra del 14, que sigue concibiendo el campo de batalla como un espacio para el honor cuando en realidad era un espacio de terror. Los tabúes, impuestos por los excombatientes y reforzados por nuestra memoria han desterrado del cuadro a los soldados que sentían miedo y huían de las trincheras, a los que se suicidaban para escapar de la realidad, a los que en cambio disfrutaban y encontraban placer en matar y a los que se aplicaban con frialdad y obediencia a la tarea. Pero los olvidos van más allá y se transmiten hacia muchas formas de una violencia que ya fue total en esta Primera Guerra Mundial; aquí el mecanismo ha partido de un recuerdo-pantalla, una imagen que en la memoria ha concentrado el símbolo de la violencia eclipsando el resto de fenómenos en los que se manifestaba: la guerra de trincheras. Es el icono, la imagen estereotipada de la violencia entre 1914 y 1919, que absorbe toda la atención y que nos hace descuidar otros fenómenos de violencia que lo acompañaron. Así por ejemplo las violaciones de mujeres que los alemanes cometieron en su paso por Bélgica y que fueron olvidadas por sus víctimas entre la vergüenza y la discriminación ante los soldados muertos en el frente, considerados como víctimas más respetables. O los bombardeos, los desplazamientos y la aparición de los campos de concentración, entre otras formas de represalias contra la población civil, generalmente identificadas con la Segunda Guerra Mundial pero que ya habían aparecido como forma novedosa en 1914. Finalmente, el genocidio contra la población armenia, olvidado durante décadas, aún negado en la actualidad por el gobierno turco, constituye para los autores la muestra definitiva de esa represión del recuerdo y la memoria que como en la teoría psicoanalítica de Freud tiene insanos efectos posteriormente: el genocidio armenio fue una experiencia de la que aprendió la población europea y que, aunque arrojada al subconsciente, se convirtió en elemento de la nueva cultura que se estaba formando. Esta cultura de guerra acompañaría a aquellos soldados en los años siguientes: el genocidio judío de poco después se explica por no haber extirpado antes ni condenado el de los armenios.

La caracterización de las formas de violencia como un elemento consustancial a la nueva cultura (entendida esta en términos antropológicos) que surge de 1918, les sirve a Audoin-Rouzeau y Becker para discutir el discurso de Norbert Elias. Critican así la tesis de la civilización de las costumbres enunciada en 1939 por el sociólogo alemán, según la cual en Occidente se habría producido un continuado declive de la violencia como parte del progreso generalizado en nuestro comportamiento hacia formas más sensibles y humanas⁸. La guerra de 1914, en la que se franquearon “umbrales de violencia” hasta entonces desconocidos, invita a los autores a la reinterpretación del proceso histórico para describirlo en términos de “brutalización de la vida europea” durante la era de masas, tal y como describió Georges L. Mosse⁹. 1914 es en este retrato el primer

⁸ ELIAS, Norbert: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE, 1988.

⁹ MOSSE, Georges L.: *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, 1975.

escalón de un descenso que hasta 1945 (al menos) conduce a la sociedad europea – occidental y a los que deciden acompañarles, desde la civilización hasta la barbarie. La violencia de la Primera Guerra Mundial, por mucho que se esforzaran en olvidarla los que la infligieron e incluso los que la padecieron, sirvió de enseñanza para la posteridad y se instaló en la cultura de guerra difundida por Europa. La experiencia de la violencia, la brutalización de las masas que participaron en la contienda se insinúa a los autores como un factor clave para que años después, de forma aparentemente inconsciente, los alemanes que describen Christopher Browning y Daniel Goldhagen en sus libros pasaran en poco tiempo de ser ciudadanos corrientes, civilizados según los estándares de Elias, a verdugos voluntarios y ejecutores sin escrúpulos en el genocidio judío¹⁰.

La segunda parte del estudio de Becker y Audoin-Rouzeau, titulado “la cruzada” es quizá la que más debate ha generado con posterioridad al afirmar que la violencia desatada en la Primera Guerra Mundial fue aceptada e incluso deseada por una amplia mayoría de los soldados, o mejor dicho, ciudadanos de los países beligerantes¹¹. Es la tesis del “consentimiento”, enarbolada por los autores para explicar cómo fue posible que los niveles de violencia que se desataron ya en el verano de 1914, se sostuvieran e incluso se mantuvieran durante casi cuatro años. También aquí se enfrentan a un discurso hasta el momento imperante en la memoria particular de los combatientes como en la memoria pública transmitida por la historiografía, el discurso oficial o la cultura popular. La imagen tradicional del soldado era el del que había sido forzado a la participación en guerra, a pesar de su natural inclinación al pacifismo que ha quedado plasmado en novelas como *Sin Novedad en el Frente* de Erich Maria Remarque o en películas como los *Senderos de Gloria* de Kubrick, por mencionar los ejemplos más sobresalientes. De nuevo la memoria juega malas pasadas según los autores, construyendo un recuerdo que trata de olvidar lo que hoy nos resulta inaceptable: el deseo de participar en la gran matanza de 1914-1918. En cambio los autores ponen sobre la mesa pruebas contundentes de que la población europea se implicó con entusiasmo en la guerra hasta su definitiva resolución: así lo indica el mantenimiento del alistamiento voluntario durante más de un año a pesar de la llegada en masa de cadáveres y heridos a la retaguardia y de que la circulación de noticias sobre las atrocidades de la guerra y sobre las bajas sufridas apenas fueron objeto de censura y que no desanimaron a los jóvenes a seguir luchando. La guerra de 1914 había sido deseada por amplias capas de la población y lo siguió siendo durante los cuatro años siguientes, sin que apenas se produjera desfallecimiento en el ánimo de los contendientes. Para explicar este fenómeno, “uno de los más enigmáticos de la Historia contemporánea europea”, Becker y Audoin-Rouzeau vuelven a acudir al concepto de “cultura de guerra”, esta vez no en su sentido de imagen del mundo surgida en la experiencia de la batalla sino como el marco interpretativo de la realidad que pudo motivar la participación continuada en la contienda. Se descubre así que la cultura europea llevaba en su matriz los ingredientes ideológicos para impulsar y justificar la gran matanza y que esta, lejos de ser una anomalía espontánea en el curso del desarrollo europeo, fue un legítimo producto intelectual suyo.

¹⁰ BROWNING, Christopher R.: *Aquellos hombres grises : el batallón 101 y la solución final en Polonia*, Barcelona, Edhasa, 2002. GOLDHAGEN, Daniel J.: *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus, 1998.

¹¹ La visión opuesta en OFFENSTADT, Nicolas: *Les Fusillés de la Grande Guerre et la mémoire collective (1914-1999)*, Odile Jacob, 1999

No es nuevo afirmar que el nacionalismo fue el sustrato ideológico que sirvió de combustible a la guerra de 1914; sí resulta más original la consideración que Becker y Audoin-Rouzeau hacen de los nacionalismos como “religiones políticas”, un concepto que luego ha tenido gran éxito para la caracterización de corrientes políticas de inclinación totalitaria, como el fascismo o el comunismo¹². El nacionalismo como religión política implicaba la incorporación al discurso sobre la realidad una esperanza escatológica, una esperanza más allá de la muerte y del fin del mundo. Ese apocalipsis era la propia guerra, que pronto fue concebida tanto por alemanes como franceses e ingleses como la última de las guerras, la guerra que traería la paz, que haría triunfar la civilización sobre la barbarie, el Bien sobre el Mal. Sin este convencimiento no se comprende la apuesta decidida, entusiasta y, lo que es más importante, continuada de la población por el combate contra el vecino. En ello jugó también un papel fundamental la identificación del otro con el bárbaro, en una componente discursiva del nacionalismo que se acercaba y a veces adoptaba las concepciones del racismo exterminador. Otra vez se proyecta en el discurso historiográfico la sombra de la guerra del 14 sobre la del 39, si bien con matices sobre los discursos heredados: en 1914 el deseo exterminador, la mirada racista no era patrimonio de la Alemania nazi sino un fenómeno extendido en toda Europa (incluida Francia) cuya manifestación violenta y virulenta ya era palpable a comienzos de siglo. Con ello se redefine de nuevo la época estudiada, cuestionando las denominaciones clásicas: no fueron dos guerras mundiales sino una “guerra civil europea”, que enfrentó en diversos conflictos a amplias capas de la población convencidas de luchar por la salvación de la raza y la aniquilación del enemigo infernal, de un ser inferior y degenerado, germen de todas las desgracias y obstáculo del progreso. Era lo que pensaban los franceses respecto de los alemanes, y viceversa. Este discurso, muy similar tanto en su visión del mundo como en su alta intensidad en ambos bandos, tuvo según los autores una muy diferente evolución en función de la resolución de la guerra y las necesidades que surgieron de desmovilización. Francia, país vencedor, sufriría tras la guerra un fuerte sentimiento de culpa, no tanto por la violencia asestada a los alemanes como por los sacrificios exigidos a sus propios ciudadanos: esto explicaría las olas de pacifismo que trataron de borrar el recuerdo del entusiasmo por una guerra que no había tratado el paraíso que prometía y también la incapacidad para volver a comprometerse con tanta fuerza cuando en 1939 se pareció repetir la Historia. La derrota de 1940 había nacido en 1918. Por el contrario, en Alemania, el intenso fervor nacionalista había hecho imposible la asimilación de la vejatoria derrota que, siguiendo los mecanismos de represión freudiana, fue negada y arrojada al subconsciente para tratar de ser resuelta de forma delirante a partir de 1933. Para ellos la guerra nunca había terminado y por ello se lanzaron con decisión y entusiasmo de nuevo en 1939.

La tercera parte del estudio de Becker y Audoin-Rouzeau se centra en el duelo en un intento de abordar una historia del dolor y sus efectos sociales en las sociedades de la posguerra. Nunca antes había muerto tanta gente en tan poco tiempo, nunca antes el sufrimiento se había hecho tan presente como una emoción que inundaba la esfera social. Los dos autores muestran la fuerte presencia de los muertos en la sociedad posterior a 1914 y los múltiples y complejos esfuerzos que se debieron desplegar para poder asimilar el trauma de tan numerosas pérdidas. La muerte se produjo en masa y

¹² BURLEIGH, Michael: *Causas sagradas: religión y política e Europa de la Primera guerra mundial al terrorismo islamista*, Madrid, Taurus, 2006.

esto provocó un giro radical en la visión que de la vida y su significado se tenía en Occidente; explotando la veta de investigaciones que ya habían abierto Ariès y Vovelle décadas atrás¹³, se evalúa aquí el cambio de actitudes ante la muerte dentro de la cultura europea. La investigación ayuda a completar el estudio sobre el concepto de cultura de guerra, mostrando primero dónde se situaron sus límites: si bien los europeos en las trincheras parecieron anestesiados e insensibles al matar al enemigo y al ver morir a sus compañeros, no renunciaron a sus sensibilidad hacia los muertos. Las prácticas de duelo, el entierro y el respeto a los cuerpos, son testimonio de que la civilización resistió a la brutalidad en sus últimos términos. El estudio del duelo también revela como la cultura de guerra se construyó sobre el sufrimiento y el dolor producidos por la batalla; el estudio de los años 20 y de los 30 (e incluso de las décadas posteriores) debe atender al constante recuerdo y conmemoración dedicados a los desaparecidos en combate y que se manifestó por vías que tradicionalmente no se recogen en las historias políticas: Francia, Alemania, Inglaterra y Europa en general fueron naciones que durante años permanecieron enlutadas, gestionando un dolor que se manifestaba en los gestos más cotidianos, desde las ropas de las mujeres hasta las estatuas de las avenidas. Fue entonces cuando se crearon nuevos cultos, propios de una religión política, pública y oficial que cristalizó en los honores al soldado desconocido, las fiestas del 11 de noviembre o en los monumentos a los caídos por la patria. Con todas iniciativas, las autoridades trataban de crear un discurso del pasado que consolara e hiciera olvidar los sufrimientos, creando una memoria pública que traba de ocultar lo que realmente ocurrió.

Annette Becker y Stéphane Audoin-Rouzeau modificaron con *14-18, retrouver la guerre*, la visión que se tenía hasta entonces de la Primera Guerra Mundial, deconstruyendo las memorias públicas y oficiales así como muchas de las representaciones personales e individuales que eran responsables de la distorsión. Abordaban así un tema espinoso, las relaciones entre Historia y Memoria, en un discurso nada complaciente, en el que había menos víctimas que implicados, menos muertos en guerra que soldados que habían apretado el gatillo. Porque no se trataba en 2000 de llorar a los muertos, o al menos no sólo de eso, pues el trabajo de duelo que ya se había realizado desde hacía tiempo y que por otra parte no correspondía a los historiadores abordarlo; la cuestión era más incómoda que eso, se trataba de encontrar la guerra para mirarla de frente tratando de indagar en qué medida se había convertido en una experiencia fundamental en nuestro desarrollo. Había que saber hasta qué punto nuestra cultura y civilización era heredera del gran estallido de violencia, odio y dolor desatado en el verano de 1914.

¹³ ARIÈS, Philippe: *La muerte en Occidente*, Barcelona, Argos Vergara, 1982. VOVELLE, Michel: *La mort et l'Occident de 1300 à nos jours*, Paris, Gallimard, 1983.